

duce en el corazon los fenómenos del espejismo, pues la siente mas cerca mientras mas se aleja de ella, creyeron ver en los edificios de Yucatan la imagen de las nobles ciudades de Andalucía. Los misioneros no sabian de que admirarse mas, si de los fastuosos edificios que se desplegaban á su vista, ó del pueblo que los habia erigido. Así fué como empezaron á pagar un tributo de admiracion hácia aquellos soberbios monumentos, los mismos que acababan de dejar en su país las riquezas de la arquitectura ogival, sublime combinacion del arte godo-arábigo.

Los historiadores de aquella época hicieron renacer en sus crónicas la calma que se recobra despues del combate. Bernal Díaz del Castillo, que habia sido combatiente é historiador al mismo tiempo; Herrera en sus Décadas; el Padre Lizana, apóstol de las nuevas creencias que se predicaban á los indios conquistados, y aun el mismo Fr. Bartolomé de las Casas en su Historia apologética, cada uno de ellos expresaba su admiracion por las antigüedades que tenia á la vista. En un raptó de sublime entusiasmo exclama el último: «Ciertamente la tierra de Yucatan da á entender cosas muy especiales y de mayor antigüedad, por las grandes, admirables y excesivas maneras de edificios y letreros de ciertos caracteres que en otra ninguna parte se hallan.»

Era un hecho positivo y extraordinario la existencia de dichos monumentos; pero á nada conducia la admiracion de los historiadores acerca de su magnificencia, si no se investigaba el origen de sus constructores.

La historia de Yucatan que mas tarde escribió Fr. Diego Lopez de Cogolludo, reúne todas las versiones, las sorpresas, los errores y las certidumbres acerca de aque-

llas ruinas monumentales. No será fuera del caso emitir un juicio respecto de este historiador, que aun cuando no nos conduce á la evidencia de los hechos, uniforma algo el juicio del investigador sobre el origen de aquellos edificios, que agobian la imaginacion y oprimen el entendimiento, segun las palabras de un moderno viajero alemán.

En el escandaloso auto de fé que tuvo lugar en Maní, impulsado por la mano fanática del Padre Lanza, y del cual nos ocuparemos despues, casi habia naufragado la primitiva historia de Yucatan. Quedaban, sin embargo, algunos documentos recogidos en los dias de la conquista y diseminados en los diferentes archivos del país. Se pudo salvar un número pequeño de manuscritos indios. Existian algunas pinturas y sobre todo la tradicion histórica, que en el pequeño lapso de una centuria no podia perderse. Es verdad que en algunas partes podia aparecer desfigurada, pero el conjunto ofrecia la verosimilitud que no podian ménos de darle, ya los actores mismos de las escenas que pasaron, con su relato, ó ya sus descendientes nada remotos. Esta profusion de datos, que en su mayor parte estaban aglomerados en los conventos de los franciscanos, por lo mismo que estos tenían el monopolio del saber y de la enseñanza doctrinal, y además se habian entregado con asiduidad al estudio filológico del país conquistado, fué compilada á mediados del siglo XVII por Fr. Diego Lopez de Cogolludo, quien la dió á conocer á la posteridad bajo el nombre de Historia de Yucatan.

La publicacion de esta obra fué un bien para el país que la habia inspirado. Apoyándose en varios auxiliares históricos, el autor se remonta hasta los tiempos que precedieron á la conquista de los españo-

les para inquirir los orígenes del pueblo maya, su constitucion política y social, su religion, su cronología, su historia, sus adelantos en las ciencias y en las artes, su esplendor en épocas remotas y su decadencia en los dias que dió principio á su lucha con el conquistador. Aquellos datos, lo repetimos, proporcionaron un bien muy positivo al porvenir de las letras yucatecas.

Mas empezó á ganar terreno la conquista. Incuestionablemente el carácter de aquella edad era del todo religioso. Quedaban aún los resabios de la antigua caballería con sus torneos, y de las cruzadas con sus excomuniones. El arcabuz habia celebrado su consorcio con el hisopo, y caminaban mano á mano. El rey lo era todo, pero el Papa estaba sobre el rey; de aquí que este último recibiese de hinojos la bendicion de sus tierras que el primero le otorgaba en uso de una soberanía mayor. Las huestes españolas no abandonaban la patria para salir á caza de aventuras, sin que primero aquellas armas que iban á combatir por el triunfo de la fé, recibiesen un voto solemne de la iglesia que las seguia con sus plegarias; aun el labriego mismo no partia de su humilde cortijo sin que precediese la santa union de su párroco. Y esto se explica. El rey y sus súbditos se apoyaban en la tierra, y la iglesia alegaba un origen divino, y su divinidad le proporcionó el triunfo. Los fulgores de la cruz ofuscaron los resplandores de la espada; las excomuniones fueron una arma mas prepotente que las cédulas reales. El espíritu de esta época por consiguiente se condensó en los franciscanos que llevaban la voz del cristianismo á las remotas selvas del continente americano. Dominó en las conciencias, y esto llegó á darle la supremacia que alcanzó el elemento religioso sobre el elemento político.

Hubo además en esto un espíritu de especulacion. Los frailes franciscanos se arrogaron el título de pacificadores de la península de Yucatan, para justificar sus pretensiones á las rentas de todos los curatos, lo que produjo andando el tiempo una secesion entre los obispos diocesanos, cuya jurisdiccion eclesiástica veian invadida, y los provinciales de la orden, que disputaban un derecho el cual juzgaban pertenecerles.

La doble circunstancia de una época de fanatismo y de pertenecer á una orden que habia hecho de la conquista y del país conquistado un patrimonio suyo, despojó á Cogolludo de uno de los atributos esenciales del historiador, la imparcialidad. Por medio de este historiador sancionó la orden franciscana los derechos de primogenitura que alegaba en la conquista de aquellas tierras. Se ve detras de la historia al fraile franciscano que asoma la capucha azul para hacer la apología de su orden. El misticismo y la beatificacion juegan un papel importante en su historia, y los sucesos de ménos trascendencia que por donde quiera marcan la palingenesia de la humanidad, no son sino el resultado de apariciones milagrosas de que están saturados muchos capítulos de su obra. Incidentalmente toca los acontecimientos políticos de aquella época, si no es en lo indispensable para demostrar la marcha gradual del organismo político supeditado por el organismo religioso. Una obra escrita bajo tales impresiones, tiene que adolecer indispensablemente de grandes defectos. Los tiene, están marcados ya, y de dónde ha venido el origen de ellos.

En el prólogo de la primera edicion de la obra de Cogolludo, escrito con el elocuente estilo que siempre llevaron las obras del Sr. D. Justo Sierra, quien colocó la

pedra miliaria de la literatura yucateca, trata de justificar en gran parte la memoria del padre Fr. Diego Lopez de Cogolludo. No desconocia los errores en que incurrió el historiador franciscano, pero trataba de atenuarlos con un fin demasiado noble, cual era, primero el de disipar la aversión que por de pronto inspiraba la obra mencionada, y después el de despertar en la generación de entonces el deseo de consagrarse al estudio de la historia patria en la única fuente que nos habían legado nuestros antecesores.

Hemos tratado de presentar los beneficios que suministró al país Fr. Diego Lopez de Cogolludo con la compilación de

aquellos datos históricos de tanta importancia; pero al mismo tiempo presentando los notables defectos de la obra y la causa primordial de sus errores.

Es incuestionable que andariamos á tientas hoy en la oscura noche de las edades pasadas, si no nos guiase hasta allí la antorcha de aquel historiador. A los espíritus verdaderamente filosóficos toca con la ayuda del eclecticismo hacer á un lado las aberraciones del historiador, hijas de su época y de la órden á que pertenecía, para fijarse en la marcha siempre normal, siempre progresiva con que se desarrollan los sucesos de la humanidad en la historia de cada país.

### ARTICULO TERCERO.

Sucesores los indios yucatecos del tiempo de la conquista de una raza prodigiosa, que tantos adelantos reveló en los diversos ramos del saber humano, natural fué la creencia de que eran los depositarios del gran secreto que no ha podido descifrarse ni con la ayuda de los siglos. Su tradición, su historia, sus cantos populares que tantas veces posteriormente consolaron las amarguras de su infortunio, podían ilustrar sobre el origen y el desarrollo de un pueblo que se escapa cada vez más á las investigaciones históricas.

La admiración, que tanto los conquistadores de aquella época, como los historiadores de entonces, hicieron nacer en sus respectivas crónicas, con relación al gusto arquitectónico que advertían en los edificios de Yucatan, produjo, luego que la conquista se dió por terminada, el análisis

prolijo que se despertó aun entre la raza subyugada. Fué inútil el esfuerzo de ocurrir al indio yucateco para descifrar la clave de aquellos enigmáticos monumentos.

Varias causas puede reconocer el profundo silencio de los naturales del país. El aparato belicoso que acompañaba á los conquistadores, produjo al principio en las naturalezas sencillas de los indios la idea de lo maravilloso. Su primer sentimiento hácia los españoles, puede decirse que fué la admiración. Por otra parte, los profetas indios habían preconizado á los futuros señores con los atributos de unos semidioses. El temperamento supersticioso del indio, el respeto debido á sus sacerdotes, á quienes suponían en comunicación directa con las divinidades, no de otra manera que en el antiguo paganismo greco-romano; por último, el tipo físico de la raza inva-

sora, sus armas, su cabalgadura, todo este conjunto obró poderosamente en el ánimo de los indios, que por el momento se sobrecogieron de un temor santo, puesto que veían cumplido el día señalado por sus arúspices.

Más en honor de esa raza, que después de asombrar á las generaciones del porvenir con la historia del arte esculpida en sus monumentos, las ha maravillado con el espectáculo de una lucha desigual y sangrienta, debemos confesar que el amor á su independencia venció muy pronto sus preocupaciones, las tradiciones religiosas que habían sembrado entre ellos sus sacerdotes y aun el aparato armado de los conquistadores. Trocó su admiración del momento por un grito de exterminio á sus invasores, y este esfuerzo supremo y noble en favor de su libertad, descorrió el velo que cubría á los españoles como á unas divinidades, para presentarlos con la desnudez de simples mortales; puesto que caían sucesivamente en los combates. Entonces fué cuando se creyeron competentes para medir sus armas con las armas castellanas.

La sujeción del país después de la epopeya de los combates, les impuso un silencio que se ha perpetuado entre los de su raza hasta nuestros días. El silencio y el secreto, ha dicho con razón William Prescott, son cualidades características del americano, y casi tan invariables como el color particular de su piel. Esas mismas cualidades se hicieron marcar entre los mayas desde los tiempos de la conquista, que como un instinto peculiar á su raza, se ha transmitido de generación en generación hasta nosotros.

A través de ese silencio profundo que le ha impuesto la dominación, ha dejado entrever en diferentes épocas todo el odio que profesa á los descendientes de los con-

quistadores, en quienes solo ve á los que han usurpado sus libertades y aun su propio país. Interrumpir su silencio ya con las amenazas, ya con los halagos de un bienestar presente, fué una obra en que se estrellaron los esfuerzos de los primitivos pobladores europeos. El historiador Cogolludo nos refiere que los indios de entonces *no tenían ni tradición de los que construyeron los edificios de su país*. Con la pérdida de su libertad sin duda creyeron que debían perderse también todas las tradiciones de su pueblo. El informe, que á principios de nuestro siglo rindió el cura de Yaxcabá, Bartolomé José Granado Baeza, después de un estudio concienzudo sobre las costumbres de la raza maya, hace notar que carecían de tradiciones sobre de dónde habían venido sus antecesores á poblar aquellas tierras. La falta de tradición histórica en los que debían ser los legítimos depositarios de ella, ocasionó la duda en que fluctuaron los historiadores de aquella época, y ha sido el escollo en que han venido á tropezar los viajeros y los historiadores de hoy. La verdad se ha ignorado aun en el principio de la conquista, dice Cogolludo.

Fácilmente se explica la ignorancia de hoy en que están sumergidos los indios yucatecos, acerca de la historia monumental de los aborígenes. La esclavitud, que fué consecuencia de la conquista, y el espíritu poco filantrópico que escaseó á dicha clase los elementos de civilización, justifican su falta de conocimiento. No debemos reconocer idénticas causas á su ignorancia en época anterior. Tenían su cronología cuidadosamente conservada, en sus siglos de cincuenta y dos años que llamaban *katusnes*. Estaban más próximos á los hechos que una tradición oral puede transmitir á los pósteros, con idéntico resultado al que

produjo en los otros pueblos de la historia primitiva el relato de los sucesos mas prominentes. Ellos usaron de los geroglíficos, que con razon llama Warbuton escritura-pintura, porque en efecto han sido uno de los medios mas expeditos para conservar los hechos mas notables de cada país. A todo esto solo correspondieron con ese silencio secular que ha sido como una protesta contra su esclavitud. Su silencio fué una venganza que han querido perpetuar á traves de los siglos, y que aun la ciencia moderna ha recogido como un legado pernicioso, sin haber tomado la menor parte en la culpabilidad de los opresores. Por el contrario, ella se esfuerza en descorrer el velo de esas ruinas misteriosas, y cada paso que da en el sendero del examen, es una conquista y una relevacion de la raza oprimida.

Sin tener muchos de los edificios ningun carácter religioso, se habia observado que los indios les profesaban una especie de veneracion. Sus supersticiones, alimentadas por una imaginacion, que aunque en decadencia mas tarde, sin embargo, ántes habia dado pruebas de una exhuberancia tropical, crearon miles de leyendas fantásticas sobre los constructores de aquellos monumentos, atribuyéndolos ya á gigantes por su magnificencia, ó ya á unos hombres pequeños y jorobados, llamados *buses*, atendiendo á la estructura reducida de algunas puertas que dan paso á las habitaciones interiores de los edificios.

El místico respeto que inspiraban á aquellas naturalezas supersticiosas las soberbias moradas de sus antiguos señores, estaba sombreado por imágenes poéticas, que interrumpian el silencio de aquellos monumentos con los acordes de una armonía que fingian escuchar solo en los dias de santo recogimiento.

Ciento cuarenta años despues de la fundacion de Mérida, les sirvieron aquellos monumentos para la práctica de su idolatría. Dos causas debemos reconocer en su adopcion para los ritos idolátricos. La reverencia tradicional que guardaban por ellos, y la soledad y el silencio que los ponía al abrigo de las persecuciones inquisitoriales de los frailes franciscanos. Estas ruinas fueron las catacumbas de sus antiguas creencias, contra las persecuciones de los sucesores de aquellos que buscaron otras catacumbas contra otros perseguidores; solo que al evaporarse el incienso de las catacumbas romanas, llevaba envuelta la doctrina que bien pronto cundió en el mundo conocido, mientras que los vapores del copal indio quedaban sepultados para siempre en las magestuosas catacumbas yucatecas.

Sin embargo de lo palpables que son las verdades que acabamos de exponer, á otra mano debemos la falta de documentos que pudieran ilustrarnos sobre la primitiva historia de Yucatan. Es cierto que cuando los hijos del país se vieron esclavizados, pagaron con el silencio su abyeccion; pero de antemano habian cuidado de conservar los acontecimientos mas remarcables de su historia, por medio de unas anchas cortezas de árboles cuidadosamente barnizadas, en que á manera del papyrus de la antigüedad, trasmitian con la ayuda de los geroglíficos las hazañas de sus progenitores. La mano fanática del padre Fr. Diego de Landa sepultó tan preciosos monumentos en la hoguera, y la primitiva historia yucateca dió su postrimer reflejo en el auto de fé que tuvo lugar en el pueblo de Maní, pocos años despues de terminada la conquista de Yucatan.

La poblacion de Maní tiene la gloria de poseer una triple celebridad histórica. An-

tes de la conquista del país fué el emporio de la grandeza real maya. En los dias de la conquista quisieron los franciscanos que donde ántes se habia levantado la poderosa estirpe de Tutul-Xiu con sus falsos dioses, allí campease magestuoso el oriflama de la cruz. Allí quisieron levantar la hoguera, para que una vez quemado el diablo, implantasen con ménos obstáculos las simientes de las nuevas creencias que habian importado á la península recién conquistada. La revolucion social de los tiempos modernos, que ha hacinado tantas ruinas en aquel país desventurado, coronó la celebridad de Maní con un bautismo de sangre.

Mayapan habia sido la metrópoli de los mayas. Los otros señores no eran mas que tributarios suyos. El inmenso poderío de sus reyes enjendró el despotismo, que sacudieron los pueblos el año de 1420, arrasando la monumental ciudad hasta sus cimientos. La historia es una enseñanza. Ella debia ser el alfabeto de los gobiernos, que deberian aprender en esos hechos que con tanta propiedad llama César Cantú *lenguaje de Dios*.

Maní se enriqueció con los despojos de Mayapan, porque pasó á ser el asiento de la monarquía maya en la dinastía de los Tutul-Xius, que asumia las estirpes régia y sacerdotal, lo cual le daba un doble prestigio á la vista del antiguo pueblo yucateco. Pues bien, este pueblo que por varios títulos ha merecido la atencion de la posteridad, fué el que escogió el padre Fr. Diego de Landa para la celebracion de un auto de fé, que con justicia fué reputado como un acontecimiento en la entónces provincia de Yucatan, y como una era histórica en sus viejos anales.

El guardian del convento de Maní dió parte al custodio provincial, que lo era Fr.

Diego de Landa, que acababa de cometerse un escandaloso acto de idolatría. El provincial se trasladó al pueblo de Maní, y como entónces las autoridades civiles casi en su parte principal estaban supeditadas por las autoridades religiosas, el alcalde mayor á quien el franciscano ocurrió pidiendo su auxilio para practicar un auto de fé, no solo impartió su real proteccion, sino que acompañado de la nobleza entónces existente, fué tambien al pueblo de Maní á dar con su presencia mayor esplendidez al acto inquisitorial. Practicáronse todas las averiguaciones que la gravedad del caso demandaba; levantáronse informaciones, y cuando estos trabajos preliminares estaban concluidos y la sentencia fué pronunciada, la mano del verdugo empujó á la hoguera inquisitorial los ídolos indígenas, las piedras que tenian de altares, vasos artísticos de diferentes dimensiones y figuras, y mas que todo, veintisiete rollos de signos y geroglíficos en piel de venado, donde iban envueltos los libros y los caracteres antiguos de los mayas.

Los mismos indios, herederos de aquellos que habian practicado desde una elevada plataforma los sacrificios humanos en presencia de un pueblo enmudecido, asistieron con pasmo á este espectáculo salvaje, que á no dudarlo dejaba atras su antigua teogonía, en que se sacrificaba al hombre, pero en donde se respetaba tambien la historia y los monumentos.

Con lo que se llamaba en aquellos remotos tiempos celo apostólico, se esforzaban en inquirir la existencia de las tradiciones históricas de los mayas, y cuantas vinieron á las manos del fraile franciscano, fueron entregadas públicamente á las llamas, y con ellas, dice el cronista Cogolludo, las historias de sus antigüedades.

El carácter de custodio provincial con-